

La hermana Asunta



EN LAS IDAS y venidas de mi ministerio, y siempre dispuesto al cambio, fui trasladado a un distrito misionero que enfrentaba grandes dificultades de crecimiento. Una de mis iglesias estaba en Marcona, una ciudad minera a cuatrocientos cincuenta kilómetros al sur de la capital del Perú.

Como toda ciudad minera, experimentaba una vida agitada, marcada por los turnos de los trabajadores que solamente vivían para las actividades relacionadas con su trabajo en las minas. Era una ciudad materialista, orientada hacia el consumismo y la satisfacción pasajera de los sentidos. Allí parecía no haber interés alguno por la espiritualidad.

En este lugar teníamos un pequeño grupo de miembros de iglesia, a la verdad, no muy fieles. Se habían acostumbrado al ambiente que los rodeaba, siendo que todos eran trabajadores de la mina. La mayoría de ellos cumplía turnos los viernes de noche y los sábados, y no se sentían con el suficiente respaldo espiri-

tual como para enfrentar las responsabilidades de dirigir la iglesia. Todas las estrategias que se habían utilizado para mejorar la situación apuntaron a los pocos hombres que integraban esta congregación, que debido a su condición espiritual no sentían un compromiso real, por lo que todo esfuerzo fracasaba.

Al llegar, encontré esta triste situación, pero también encontré una iglesia compuesta mayormente por mujeres, que solamente observaban lo que pasaba pero que no tenían la oportunidad de intervenir en el desarrollo de la congregación, ya que toda la programación y las estrategias estaban enfocadas a los varones. Por más que ellas se esforzaban no podían hacer mucho, y por las razones mencionadas más arriba, los hombres tampoco hacían casi nada.

En estas circunstancias conocí a una hermana consagrada y con un enorme deseo de ver a su iglesia prosperar espiritualmente. Su nombre era Asunta. Era de mediana edad, y amaba al Señor con

todo su corazón. Deseaba profundamente que las cosas cambiaran y, en cierta ocasión, me dijo:

—Pastor, si usted confiara en nosotras las mujeres y si nos instruyera en cómo llevar a nuestra iglesia a una experiencia espiritual diferente, nosotras lo haríamos.

Yo tenía dos opciones: 1) dejar las cosas como estaban y pasar por alto esta situación que por años había funcionado así, o 2) atreverme a creer en las palabras de esta mujer de Dios.

Volví a casa pensando cómo ayudar a esta iglesia. En la noche, mientras buscaba entre la oración y la almohada la solución a este problema, de repente me dije para mis adentros: ¿Por qué no convertir esta iglesia en un grupo pequeño que funcione en la casa de Asunta?

Al día siguiente, con la solución en mi mente y con la determinación de ayudar a los mujeres de esta iglesia a transformar su congregación, fui a visitar a la hermana Asunta. Cuando escuchó el plan, corrieron lágrimas por sus mejillas.

La congregación estaba compuesta por quince mujeres, cuyos maridos no estaban comprometidos con los asuntos de la iglesia. Las mujeres fueron instruidas y asumieron el liderazgo. En poco tiempo los resultados se dejaron ver: la pequeña congregación se fortaleció y al cabo de un año la hermana Asunta había logrado una iglesia espiritualmente fuerte y en crecimiento. Las mujeres de Marcona eran las líderes del cambio en la iglesia local.

La hermana Asunta se convirtió en la directora de la iglesia y dirigía a las líderes de otros grupos pequeños. Las demás mujeres asumieron el liderazgo en diferentes departamentos y era una verdadera emoción ver a esas nobles y con-

sagradas damas trabajando para el Señor.

Eso fue como un plan piloto para mí. A partir de ahí decidí mirar las proporciones de hombres y mujeres en las iglesias, y casi siempre encontramos más mujeres que hombres en nuestras congregaciones. Sin embargo, y paradójicamente, tenemos más planes para hombres que para mujeres. ¿No deberíamos cambiar un poco nuestro enfoque?

Dos años después la iglesia de Marcona estaba saludable y creciendo. Sin embargo, por estar en una zona minera, la mayoría de los que viven allí lo hacen solo transitoriamente; nadie viene a Marcona para quedarse, pero estoy seguro de que en el transcurso de los años muchas familias habrán sido tocadas por el testimonio de estas mujeres dedicadas a la obra del Señor.

Debemos despertar a la realidad: si echemos un vistazo a las estadísticas, la población mundial, en general, y la Iglesia Adventista en particular, tiene un mayor porcentaje de mujeres que de hombres. ¿Cómo vamos a creer, entonces, que las mujeres no están incluidas en la Gran Comisión?

Los países latinoamericanos se caracterizan por tener una creciente población de jóvenes y de mujeres. ¿No deberíamos estar planificando cómo utilizar este enorme ejército en la misión de la iglesia? Es hora de que no solamente entregáramos, sino de que entrenemos. Podemos organizar a las mujeres de la iglesia para multiplicar los grupos pequeños. Si lo hacemos, ellas no nos defraudarán.

Pr. Melchor Ferreyra

Director de Ministerios Personales
División Interamericana